

El ritmo de la escritura sobre un muro

TEXTO: GUILLERMO SAMPERIO

Sobre los muros proliferan líneas; las letras tejen una apretada textura. Un ruido visual se funde en el barullo ciudadano. El graffiti es una plaga más entre basura, anuncios espectaculares, vendedores ambulantes, ríos de gente y automóviles.

La doctrina romántica del arte por el arte tiene herederos callejeros. El graffitero emprende su tarea con el objetivo de promocionarse a sí mismo, multiplica su firma, su tag.

Con el tag inicia el vocabulario de los graffiteros también llamados taggers, writers o escritores. Este vocabulario mezcla inglés y español con transiciones de españolización de los vocablos ingleses.

El tag es el principio. Apoderarse de lo largo y ancho de una superficie. Alcanzar las proporciones del mural en la complicada pieza que abarca todo el muro.

El fenómeno es actual y presenta una gran polémica.

¿El graffiti puede considerarse arte?, nos preguntamos de inmediato.

El graffiti es arte, respondería yo. Tal como la pintura, la instalación o cualquier otro medio elegido. Desde el campo de las artes contemporáneas cualquier práctica es susceptible de ser llamada arte. No es casualidad que al buscar los antecedentes nos encontremos con los graffiteros de Nueva York, California o París. Cada una de estas ciudades ha sido capital del arte.

El desarrollo del graffiti es apropiado por el arte contemporáneo. La cuestión de quién realizó el primer tag se transforma en un mito semejante al primer cuadro cubista o abstracto.

Desde principios de los años sesenta la comunidad artística es atraída por la cultura popular, las imágenes de la publicidad, los cómics, el cine y la televisión. Surge el Pop Art cuestionando las fronteras entre alta y baja cultura. Esta estética se encuentra en las latas de sopa Campbell's de Andy Warhol o en la firma repetida una y otra vez en los muros.

El writer opone a la mecanizada reproducción en serie su firma hecha a mano y el metro es el mejor lugar por su constante flujo de gente, las calles concurridas o los puentes son buenas opciones, pero no se desprecia el sitio apartado y solitario: *hasta en este oscuro rincón encontrarás mi huella.*

En un primer momento el graffiti irrumpe con cierta violencia. Es un acto vandálico: si la ciudad se construye con módulos semejantes unos a otros y cada espectacular es sólo uno de tantos anuncios para una campaña publicitaria, el signo pintado a mano establece un punto de quiebre. La presencia del tagger cuestiona el orden establecido; desde su individualidad toma la calle como suya. Este carácter subversivo y marginal seduce al mundo del arte culto.

En los años ochenta el circuito del arte culto integra al graffiti como un arte reconocido. En 1983, el museo Boymansvan Beuningen Museum de Rotterdam, Alemania, organiza una exposición de graffiti.

Jean-Michel Basquiat obtiene reconocimiento en las calles de Nueva York con el seudónimo de Samo. Escribe mensajes a modo de consignas o aforismos. Su arte no es sólo un reflejo de las calles sino que nació en las calles. Sus cuadros integran la escritura y un estilo de grafismo gestual donde las figuras tienen parentesco con la caricatura y el arte llamado primitivo.

México no cuenta con ningún artista de éxito salido de las calles, quizá porque la interesada comunidad artística neoyorquina no recorre las calles de México muy seguido. Los tags se integraron al orden como un ruido constante. Muchos jóvenes aún tratan de imponer su ritmo a la ciudad. •

GUILLERMO SAMPERIO

Ciudad de México, 1948. Narrador y ensayista. La editorial Alfaguara acaba de publicar sus *Cuentos reunidos*.